

ALLISON PATAKI

EL DESTINO DE UNA REINA

Traducción de Yara Trevethan Gaxiola

Título original: *The Queen's Fortune*

© 2020, Allison Pataki

Esta traducción es publicada por acuerdo con Ballantine Books, un sello editorial de Random House, una división de Penguin Random House LLC

Traducción: Yara Trevethan Gaxiola

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / David López García

Fotografía de portada: © Lee Avison / Arcangel

Fotografía de contraportada: Zhenyu Luo / Unsplash

Fotografía de la autora: © Tricia McCormack Photography

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: febrero de 2021

ISBN: 978-607-07-7288-7

Primera edición impresa en México: febrero de 2021

ISBN: 978-607-07-7396-9

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas –vivas o muertas– es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Capítulo 1

*El convento de Nuestra Señora
Sur de Francia
Verano de 1789*

Algo estaba muy mal. Pude darme cuenta esa mañana por sus rostros enjutos, por la manera en la que las monjas corrían por el pasillo, con los talones golpeteando furiosos contra las antiguas y frías piedras de la abadía.

Mi estómago gruñó y apreté el puño contra él, esforzándome por no pensar en el hambre. «Hace décadas que no teníamos una cosecha tan mala», no dejaron de decir las monjas durante todo el verano, con la misma proporción de resignación y censura, como si de alguna manera nosotros lo hubiéramos provocado. «Dios está probando nuestra fe». La prueba de Dios duró semanas, luego meses. Meses que, para una niña hambrienta de once años, se alargaban con la vastedad de la eternidad. «Debemos rezar por las pobres almas que sufren. Recemos por los pobres, por los hambrientos», nos decían las monjas cada noche, en vísperas, y de nuevo en los himnos matinales. «¿Los hambrientos?». Tenía ganas de maldecirlas. «¿No estoy yo muriendo de hambre?». Por supuesto, sabía mejor que nadie que no debía contestarles a las hermanas más que con una triste inclinación de cabeza, con los ojos piadosamente mirando al suelo. Además de tener el vientre vacío, solo faltaba que también me doliera la espalda.

El único lugar en el convento en el que obteníamos comida suficiente era la enfermería; todas sabíamos que era un hecho. Cuando mi hermana Julia se enfermó el invierno pasado, la pusieron en un

catre immaculado, abrigada con sábanas blancas e impecables; prácticamente volé por los pasillos hasta la enfermería. Me abalancé sobre ella y presioné mis labios contra los suyos. Como un ciervo en celo, ella se quedó sin aliento y con los ojos como platos; su modestia se vio sorprendida y ofendida, y me reprendió con una de las frases típicas de mamá.

Pero funcionó: caí maravillosamente enferma, mucho más de lo que Julia había estado. Fueron dos semanas de ávida glotonería, semanas de deleitarme en mi cama caliente, dormitando aun cuando escuchaba el tañer de las campanas para maitines; y las otras niñas, exhaustas, con los estómagos vacíos y quejándose por pan, arrastraban los pies por los oscuros pasillos hasta la capilla helada para los servicios antes del amanecer. Alargué mi enfermedad durante días, incluso después de que mi garganta sanara y mis pulmones estuvieran limpios. No solo había mentido, sino que lo había hecho para cometer el doble pecado de la gula y la pereza. Disfruté hasta el último minuto.

Pero esa mañana, la mañana en que tuve la certeza de estar en problemas, no fue porque fingí estar enferma. No fue por mentir para obtener más comida o más tiempo de sueño. No, esa mañana mi pecado fue mucho peor. «No robarás». Conocía el mandamiento; sin embargo, robé. Quizá no robé, escondí. Durante nuestro receso matutino, la hermana Marie-Benedictine cruzaba con trabajos el jardín cuando su carretilla se volcó y su deslumbrante carga de melones rechonchos salió rodando por el pequeño terreno de pasto amarillo y reseco. Nos ordenó ayudarla a recoger su botín, pero yo me paré frente a uno de ellos y lo pateé rápidamente hacia un arbusto, fuera de la vista. Estaba tan hambrienta y ese melón me pareció tan maduro y jugoso... y tan al alcance de la mano. Sentí una pasajera punzada de culpa, porque la hermana Marie-Benedictine era de las amables, pero mis punzadas de hambre sofocaron rápidamente ese pequeño inconveniente. Cuando la hermana se fue, empujando con dificultad su carretilla el resto del camino hacia la cocina, le dije a Julia que me ayudara a esconder el melón en la parte trasera del jardín. Nuestro tesoro.

Pero alguien debió vernos. Alguien nos delató y ahora la madre superiora lo sabía. Estaba segura.

—¿Duele? —le pregunté a mi hermana mientras arrastrábamos los pies por el sombrío corredor que iba a nuestro dormitorio.

—¿Qué? —preguntó Julia.

—Ya sabes —murmuré. Julia se encogió de hombros—. Los golpes —dije con una voz ronca que dejaba en evidencia mi pánico.

—¿Cómo puedo saberlo? —Julia frunció el ceño. Claro que no podía saberlo; nunca había roto las reglas de esta manera. O quizá, más precisamente, nunca la habían sorprendido rompiendo las reglas de esta manera. Era demasiado cautelosa, demasiado sensata. Yo era la temeraria.

—Solo sé que lo encontraron. —Mordisqueé un poco de piel de mi dedo y un ligero sabor a sangre se deslizó por mi boca.

—Deja de morderte los dedos —me regañó. Me llevaba seis años, la mitad de mi vida. En general, era más una madre que una hermana.

—¿Por qué otra razón habrían interrumpido nuestras clases y ordenado que regresáramos al dormitorio? —pregunté, segura de nuestra suerte; mi mano caía sin fuerza a mi costado.

—Ah, las chicas Clary, aquí están. Julia. Désirée. —La madre Marie-Claude se apresuró a alcanzarnos en el corredor, una ráfaga blanca; su toca volaba alrededor de su rostro a cada paso apresurado.

«¡Horror de horrores!». La madre superiora en persona, ¡aquí, para darnos nuestro castigo! «Dios mío, nunca más robaré otro melón en lo que me queda de vida. Por favor, líbrame de tu justicia esta vez. Te ruego compasión. Oh, Santa Madre, intercede ante tu hija».

Pero cuando vi el rostro de la madre superiora, no fue enojo lo que observé en sus rasgos cansados. No, conocía esa mirada porque reflejaba cómo me sentía yo en ese mismo instante: la madre superiora tenía miedo.

—Niñas, notificaron a su familia que deben venir por ustedes de inmediato para llevarlas a casa, a Marsella.

Ni Julia ni yo dijimos palabra, aturcidas por esta repentina información.

—¿Venir por nosotras? —preguntó Julia después de un momento; en su confusión, mi hermana, siempre tan cuidadosa, olvidó la formalidad para dirigirse a ella.

—Preparen sus cosas enseguida —fue todo lo que la madre superiora pudo dar como respuesta. Una imagen del rostro de mi madre enfurecida (¿o era su eterna desilusión?) me nubló la vista. ¿Qué diría de esto?

—Madre superiora, por favor. —Caí de rodillas; el duro suelo recibió mis articulaciones con un golpe despiadado; seguro me saldrían moretones. Lo ignoré y levanté las manos a modo de súplica—. ¡La culpa fue solo mía! Merezco que me echen de la escuela, pero no a mi hermana. Ella no tuvo nada que ver. Le ruego...

—Calla, Désirée. —La madre superiora alzó un dedo largo, con el ceño fruncido de impaciencia—. Por una vez, quédate callada, niña tonta. Regresarás a casa, como lo harán todas las niñas cuyas familias pueden pagar un viaje seguro. Las otras... las que tienen familias en el extranjero, bueno, no sabemos cómo vamos... —Lanzó un suspiro sonoro, una muestra poco característica de tensión—. Pero no se preocupen por eso. Ustedes, niñas, son afortunadas. Su familia está cerca. Vendrán por ustedes y las llevarán a casa, donde estarán mucho más seguras que en este convento.

—Pero... ¿llevarnos a casa? ¿Por qué? No son vacaciones. —La voz de Julia delataba la misma confusión que yo sentía. ¿Por qué, de pronto, no estábamos seguras aquí en el convento?

—La guerra —explicó la madre superiora. Sus ojos se suavizaron, aunque fuera solo un momento, al ver nuestro desconcierto—. Niñas, deben rezar. Por... por todos nosotros y por Francia.

—¿Guerra? —repetí la palabra, incrédula. El sonido me parecía extraño; una afirmación tan excéntrica como si la madre superiora nos estuviera diciendo que la virgen María estaba sentada en

el comedor, esperando compartir el pan y la leche con nosotras en ese mismo instante—. ¿Guerra con quién?

La madre superiora frunció el ceño.

—Con nosotros mismos. Es una revolución. —Julia me tomó de la mano; su palma estaba sudada y fría. La madre superiora continuó—: La gente se ha levantado en armas.

Las palabras que había escuchado tantas veces en los últimos meses se abalanzaron a mi cabeza: «Hace décadas que no teníamos una cosecha tan mala».

La voz de la madre superiora me devolvió al oscuro corredor de piedra húmeda del convento.

—Crean que el enemigo es la nobleza y... la Iglesia. No estamos seguras aquí. En todo el país saquean monasterios e incendian conventos; apuñalan a sacerdotes y deshonran monjas. —Alzó las manos y se las llevó al pecho en un acto de plegaria—. Pero he dicho demasiado. No tienen que saber... No tengo tiempo para esto. —Parpadeó, miró a Julia y luego puso su mirada sobre mí—. Vayan al dormitorio ahora mismo. Preparen sus cosas. Se irán esta noche. Rezaré por ustedes.

Sus ojos permanecieron sobre mí durante un momento; su expresión parecía indicar una mezcla de preocupación y algo más. ¿Era tristeza? ¿O quizá miedo por la repentina incertidumbre de mi futuro? Sin embargo, al instante siguiente la adusta mujer enderezó los hombros y se irguió en toda su estatura, y con eso la madre Marie-Claude dio media vuelta y se alejó abruptamente sin ofrecer más explicaciones ni voltear a vernos.

—Revolución —dijo Julia después de la súbita desaparición de la monja; su voz era apenas un murmullo—. Matan sacerdotes, queman conventos. ¿Cómo llegaremos a casa con vida?

Tomé la mano de mi hermana y la apreté.

—Papá nos llevará sin peligro. O Nicolás. Julia, no te preocupes, mañana a esta hora estaremos en casa.

Sonaba confiada al decirlo y lo estaba; mi confianza en nuestro padre y en nuestro hermano mayor era absoluta. Además, aun

cuando las noticias eran terribles para nuestros compatriotas y el clero, no podía ignorar una maravillosa y bienvenida verdad: por fin volvíamos a casa.